

SEMANARIO PATRIOTICO AMERICANO
DEL DOMINGO 22. DE NOVIEMBRE DE 1812.



Concluyen las notas á la carta del americano.

Fín de la décima quarta.

No por eso han de permitirse los libros impios; esto los que atacan no solo la moral sino el dogma que lo sostiene. Es no conocer los hombres, pensar que seguirán la moral los pueblos, quando no respeten sobre ella una sancion divina; mientras ellos no sean en el secreto de su conciencia un juez eterno que ha de castigar infaliblemente las pasiones, no detendrán su mano, si no quando tengan el castigo de las leyes; los corazones corrompidos hallaran arbitrio de huirlos, y Dios nos libre de un pueblo semejante. No ha sido la revolucion de Francia con sus bellas teorías la causa de tanta sangre y crímenes que han terminado con la esclavitud; ha sido la desmoralizacion del pueblo obra de sus filósofos. ¿Y qué atacaban estos la moral? no, se habrian hecho detestables, tal elogio les debió la moral del evangélico. Voltaire derrama moral hasta en sus comedias; pero atacaban el dogma, y con él cayó la moral, faltó la religion, sin la qual decia con razon Tácito, es tan imposible fundar una república como una ciudad en los ayres. Velen pues los obispos y curas para conservar la pureza de la fé como la conservaron doce siglos contra todos los ataques de la impiedad y la heregia; adviertan á los fieles, y adviertan á los magistrados que deben luego proscribir los libros impios y dogmatizantes de esa clase, como á envenenadores de las fuentes públicas, y tomar todas las precauciones que dicta el peligro de una peste.

A las damas de México.

No admireis de las damas grandes proezas
pues que tienen por armas las bellezas.

En todas las naciones, en todas épocas se encuentran valerosos guerreros, héroes grandes, generales invencibles que llevando el terror y el espanto en quantos lugares se

presentan han subyugado á los pueblós, impuesto leyes, y acrecentado á su imperio á quantos se nan atrevido á disputarles sus victorias; pero apenas acierta la historia á señalarmos alguno de estos mismos hombres que haya podido resistir á las encantadoras armas de la belleza. Nos los pinta despreciando valientes el borroroso estruendo y los mortales tiros de las balas; pero humiillandose dóciles á las encantadoras voces de una hermosura que apenas se insinúa quando inmediatamente vé rendido y postrado á sus pies al que no habian podido sujetar legiones enteras de trevidos militares, y enseña á obedecer al que hasta entónces solo habia sabido mandar.

Aún los mismos vencedores han necesitado los dulces preceptos de una muger para completar sus triunfos. El grande Aquiles queriendo vengar el resentimiento que le ocasionó el zelo del rey por su adorada Ipodamia, hizo demision del mando de sus exércitos. Al momento se aprovechó el enemigo de esta incalculable ventaja, y disipando el miedo que la infundia el héroe cargó con tanta fuerza contra ellos que les hizo varias derrotas y los reduxo á los últimos apuros. Los mas severos preceptos del rey, las magnificas promesas que se le pródigaron, y quantos esfuerzos se hicieron para obligar á Aquiles á pelear quedaron sin efecto; mas apenas se le presentan unas letras trazadas por la mano que adoraba, en que le disipa sus temores, protexta su fidelidad, y lo convida á estrecharlo en sus brazos quando vuelva vencedor, que recibiendo con esto mas valor que nunca, toma las armas, derrota completamente al enemigo, y consigue Grecia una entera victoria debida no al esforzado brazo de Aquiles, sino á la delicada mano de Ipodamia.

Señoritas mexicanas, ninguna nacion del orbe os excede en hermosura, y antes bien teneis la ventaja de exceder á otras muchas en aquel arte, gracia y donaire propias solo de nuestro suelo. Sois por lo mismo capaces de lograr igualés ó mayores triunfos por vuestros encantos, y ningun tiempo mas oportuno que el presente en que vuestra patria se ve empuñada en sostener una lucha tan gloriosa, en que se disputa nada menos que su libertad. A los benéficos influxos de su clima debeis la hermosura de esos rostros que embelèsan á quantos los veen: vuestra delicada téz, la dulce modulacion de vuestra voz y lo que es mas, la innata docilidad de vuestros corazones son frutos del suelo americano

Nada teneis que no sea un precioso regalo de la liberal mano de vuestra madre la América, y llegó ya el tiempo en que imperiosamente os pide la ayudeis à sostener sus inviolables derechos.

Hasta ahora os ha dexado tranquilamente gozar a vuestro arbitrio todas las prendas con que os ha enriquecido, contentandose solo quando os presentais en los hermosos paseos de su capita con hacer ostenta de vuestras bellezas, frutos de su suelo mas preciosos que el oro de sus minas; pero ya exige que todo el imperio que disfrutais en los corazones americanos lo pongais en movimiento hasta lograr su completa libertad: que los inflameis y fortaleceais para que por último acaben de decidirse à tomar las armas contra el déspota europeo que no se contenten con abrigar en lo escondido de sus corazones el sagrado fuego de la insurreccion, sufocandolo con vergonzoso disimulo, y quedandose sin efecto; sino que dexandolo brotar con toda su energia destruyan y aniquilen á esa chusma de gachupines que infesta la capital donde cobardemente se han ido à esconder de nuestras valientes tropas.

Estas son las gloriosas ocupaciones, y los grandes objetos á que en la actualidad os destina nuestra madre la patria. Y que ¿os hareis sordas à sus enérgicas voces? ¿Despreciareis sus justisimos preceptos? ¿A quien podria entonces ocurrir, ó de que adbitrio se ha de valer para alentar à los mexicanos? es cierto que ellos se han adherido al partido de la gloriosa insurreccion; pero con tanto decaimiento, y viven en un sueño tan extraño, que no han podido despertar ni con el heroico extruendo de tantos valientes guerreros que dispersos por todos los bastos campos de este suelo, apenas hay dia que no logren una victoria capaz de inflamar los corazones mas helados; ni los prodigiosos, é inmortales triunfos de los principales héroes, gefes dignisimos de nuestros valientes exércitos, cuyos gloriosos nombres serán eternos en la historia de la nacion; ni por último las sábias y eloqüentes voces de nuestro augusto congreso en sus enérgicos impresos, publicando unas ocasiones sus repetidas victorias, sin las falsedades y embustes de las gazetas mexicanas, sino con la mayor ingenuidad y moderacion, y poniendonos otras veces à la vista los incontrastables meritos de la justicia de la causa, y nuestros mas sagrados derechos, vulnerados con todo descaro, y atrevimiento por el dilatado tiempo de tres

Aún con todo esto no ha despertado todavía la energía mexicana, y parece que esta empresa está reservada à vuestros hermosos labios. El esquiñero no ha podido encontrar en todos sus primores la dulce ó irresistible persuasiva con que adornáis vuestras expresiones. Esa delicada voz que no llega a los oídos sino para posesionarse del oíazon, ese gesto, ese acciõn tan sencillo pero tan gracioso como eficaz, ese es el que pide de América para auxiliares de su causa, y esos vuestros favores solicitados à competencia y con tanto empeño de quantos os conocen, manda tambien la misma que solo puedan comprarse con la muerte de los españoles: que ya no se os presenten otros dones ni obsequios dignos de vuestra atención sino solo las acciones de la guerra, y que venza en amores quien haya sabido vencer en el campo del honor, quedando para siempre privados y excluidos los cobardes que no supieren comprarlos à este precio.

Valéos de quantos arbitrios os sugiera vuestra fecunda imaginación. Revestid algunas veces vuestras hermosas caras de seriedad y estojo, y hechad una mirada desdeñosa à esos insólitos tímidos y vergonzantes, dandoles a entender que no mudará vuestro aspecto hasta que no cese su inacción, y despierten de su profundo letargo. Tomad otras ocasiones ese tono jocoso que tan diestramente manejaís, y con vuestras risas burlescas y sátiras que no los ofendan, sino solo los humillen decidles, que con solo leer encerrados en un cuarto los impresos que llegan de la soberana junta, y esconderlos después en el centro de la tierra sin permitir ni aún que circulen, no podrá jamás lograrse la libertad de la patria. Preguntadles si las duras prisiones que lo oprimen podrán tomarse con solo estarse perpetuamente quejando y repitiendo las tiranías y crueldades del que se llama gobierno? y explicadles que un insurgente, un verdadero patriota no se compone de papeles y quejos, sino de gloriosas acciones que se consiguen ensangrentando las armas en los combates!

Alentadlos à que abandonando el centro de la esclavitud y despotismo que se ha cimentado en esa infeliz capital corran presurosos à unirse à las banderas de la nación. Tejed preciosas guirnaldas de matizadas rosas, emulas del color hermoso de vuestras mejillas, y después de manifestarlas guardadlas en vuestros cofres y decidles que no las

pondreis en sus frentes, sino quando incorporados en los exercitos americanos entren triunfantes en la imperial Mexico; tremolando las suspiradas banderas de nuestra libertad. Hacedles saber que ya se acerca este dichoso dia: que ya se vá percibiendo con inexplicable gozo brillar el crepusculo de su luz: que se apresuren por lo mismo para ir á lograr alguna parte en tan inmortales triunfos, y á merecer un lugar en nuestra grande historia donde quedarán grabados hasta la mas remota posteridad las acciones y nombres de quantos ilustres campeones se han distinguido en las batallas.

Vosotras doncellas ilustres, cuya gracia, recato y hermosura os ha grangeado innumerables pretendientes que aspiran al sagrado vinculo del matrimonio deseñad ante todas cosas a todo gachupin, no os sacrificéis ya por mas tiempo á su ambicion y groseria; repeled enteramente sus tercas solicitudes para no ser víctimas de una temprana é ignominiosa viudedad; y por lo tocante á los hijos de la patria decidles que sereis suyas; pero que mientras la América combatte está cerrado el tiempo de las nupcias, y solo queda abierto el campo de batalla donde se ha de obtener la preferencia de vuestra mano, pues estais resueltas á no darla ni entregar vuestro corazon sino al que haya sabido antes libertaros de la esclavitud en que todos gemimos.

Las que por una venturosa suerte estais ya enlazadas con los nativos de este suelo, valeos de todo el influxo que teners en vuestros esposos para obligarlos á obrar en beneficio de la nacion. Si disfrutan simplicios en el intruso gobierno y pueden por lo mismo trascender sus maquinaciones secretas, tratad de penetrarlas, y apresuraos inmediatamente a dar exacta cuenta á los sabios gefes de la patria: persuadidos tambien á que ocupen sus luces y conocimientos en escribir las perfidias, crueldades y tiranias del déspota Venégas y de su perversa junta de seguridad, y remitidnoslas para publicar al orbe entero por medio de nuestra imprenta su diabolico, manejo y que se confirme y respalden en mas y mas la indubitable justicia de nuestra causa particularizadnos los casos, designad los sujetos para que convencidos con hechos positivos no les quede ni aún el descarado refugio de negarlos á que comunmente se acogen, ni que sea haber ya hombre alguno tan obstinado que persista por mas tiempo en sus errores, ni tan crédulo que se vuel-

va á dexar engañar de sus hipócritas y falaces pretextas.

Si viniendo por las calles con vuestros hijos encontrados, como sucede á cada paso, á esos infelices sentenciados á trabajar esas ridículas zanjás, invento prodigioso de la cabeza de Venégas, hacedles que vean y adviertan á esos desgraciados esqueletos consumidos del hambre y cargados de prisiones sin mas delito que el encono de sus iníquos jueces, y repetidles muchas veces para que se grave en sus tiernos corazones, que estos son los frutos del suave gobierno de los gaculpinés, y los efectos de esa gran constitucion que con tanto aparato como descaro han perjurado; y hacedles tambien saber que en las cárceles existen multitud de individuos pudriéndose en los calabozos sin lograr jamás se les reciba un ocurso reclamando el cumplimiento de aquellas leyes, que solo se formaron para estamparlas en un papel, y dexarlas sin el menor efecto, siguiendo en todo la antiquísima costumbre de la España.

No es posible señoras, no es posible que un corazon tierno y sensible como el vuestro pueda negarse á tantos lastimosos objetos que á porfia reclaman vuestra compasion y auxilios. Los campos de América están sembrados de cadáveres, y han sido repetidas veces teñidos con la sangre preciosa de americanos. La capital agoviada con innumerables hombres de todas clases, sin excluir ni aún á los sacerdotes que gimen años enteros en las prisiones solo por contencar los brutales caprichos é injustos resentimientos de unos ingratos que después de haber disfrutado por tanto tiempo todos los preciosos frutos que nos prodiga la naturaleza, no nos han dado otra recompensa que sepultarnos en el abatimiento, ignominia y miseria. Todo ello se habria ya acabado si desde el principio hubieran intervenido y cooperado vuestros influxos; pero aún es tiempo de impedir muchos males y de convencer á las demás naciones que las damas mexicanas tienen tambien espíritu, valor y gallardia: que la naturaleza no las olvidó en el repartimiento de estas prendas, y que saben tomar parte en las empresas grandes, y obrar con toda energia quando se trata de la libertad de su nacion.

La historia de la conquista de estos reynos echa un borron al sexo nacional: es indubitante que en ella tuvieron gran parte las damas mexicanas: una sirvió de intérprete y produjo inmensos cuidados al decantado héroe español, y

las demás se dexaron llevar de pasiones amorosas, ó acaso de estudiados disimulos, hijos del miedo que les supo imponer la barbarie; pero es cierto que comenzaron á entregarles su fidelidad, personas y caudales, y haciendo causa propia, consiguieron por sus importantes influxos y servicios que se afirmara la dominacion europea.

Ellas forjaron en gran parte las cadenas de nuestra esclavitud, y las demás señoras que las han ido sucediendo por el espacio de tres siglos han continuado manteniendolas y reinachandolas por los mismos medios. Apenas ha habido americano alguno, aunque se suponga lleno de quantas prendas puedan descarse, que haya conseguido una niña de distincion y caudal: es bien sabido que estas son victimas reservadas al sacrificio de un gachupín, y que ellos solos á titulo de una codicia disfrazada con el nombre de matrimonio han de disfrutarlas á su antojo, aposeñonarse de sus quantiosas herencias, despojar á los demás herederos de la familia, manteniendolos en perpetuo pupilage con pretexto de administracion, é invirtiendo á su arbitrio aquellos dineros en satisfacer infames apetitos, y asegurar cada dia mas los grillos de los infelices nativos de este suelo.

Teneis pues, damas de América, una obligacion de justicia de restituirnos, ó por lo menos ayudarnos á recobrar lo que por tanto tiempo nos habeis privado: la teneis tambien de lavar esta nota con que se os ha presentado hasta este tiempo. Ahora es la ocasion no solo de borrarla enteramente, sino tambien de adquirir la gloriosa distincion de dexar estampados vuestros nombres en la interesante historia de nuestra libertad, de que están pendientes, y descandola con ansia todas las naciones: sepa el orbe entero que si habiais obrado de este modo por que os habian alusinado con pretextos de religion y otros embustes que han sido siempre los únicos medios que saben usar para el logro de sus péridos intentos; apenas descubristeis la verdad quando inmediatamente os decidisteis por ella con la mayor generosidad, y volviendo las armas contra los opresores supisteis vengar el iniquo tratamiento que de ellos habeis recibido.

No los temais: son unos cobardes charlatanes que solo hablan en vuestros estrados, pero se guardan muy bien de presentarse en el campo al frente de nuestras tropas: ellos quieren sus victorias con vosotras para continuar disfrutando

vuestra proteccion, que es la que únicamente los ha sostenidos quitadsclos y vereis en el momento rodar à nuestros pie el trono infame de su despotismo.

Sabed que estos mismos españoles que ahora nos oprimen, fueron en otro tiempo viles esclavos, y su patria se vió inundada de su sangre a influxos de una mujer. Los moros la dominaron por mas de siete siglos abriendo las puertas los clamores de la hija del emperador Julian por reñegar la violencia que sufrió su honestidad: quantas niñas de esa capital lloran igual pérdida a la de aquella Europa, por haber sido ahuecadas ó violadas con el oro de ese maldito paraiso! Esos infames que por medio de su estampo de trapos solo tratan de tesorar inmensas riquezas para seducir con ellas à todo género de mugeres, y poniéndolas en la mas terrible prueba que es la miseria, se burlan de la honestidad más resguardada: ellos viven perpetuamente solteros, aunque no castos, y entregándose à brutales apetitos impiden la población, corrompen las costumbres y defraudan à la religion y à la patria de aquel inmenso número de vivientes que resultaria si esas desgraciadas viejas se vieran enlazadas en honestos matrimonios que jamás les proporcionarán sus crueles seductores.

Abrid los ojos damas de México, es una verdadera injuria, una afrentosa ignominia el modo con que se maneja el español respecto à vuestro bello sexo. Solo sois buenas para esposas quando teneis dinero, y de consiguiente no es vuestra hermosura, vuestras gracias ni vuestro recato lo que él solicita; sino vuestros intereses, y las que no los tienen están destinadas solo para saciar sus criminales apetitos. Aún pasa mas adelante su maldad, pues apoderándose de todos los caudales, y no dexandoles à los americanos medio alguno de subsistir os impide encontrar en ellos un marido legitimo, un apoyo seguro de vuestro honor que os defienda de sus insultos, os haga conocer los dulces placeres del sagrado matrimonio, os dé à sentir el tierno nombre de madre, y haga brotar de vosotras bellas pimpollos que retraten y hereden vuestras bellezas, sirvan à la patria y propaguen la religion.

S. C.